

---

## LA HISTORIA Y SU INTERLOCUCIÓN CON LA PSICOLOGÍA EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX: UN ACERCAMIENTO

*Amílcar Carpio Pérez*

### INTRODUCCIÓN

Este trabajo fue pensado en un inicio como una ponencia dirigida especialmente a estudiantes de psicología educativa de la Universidad Pedagógica Nacional. El objetivo era muy sencillo y reiterado por otros investigadores en diferentes espacios: hacer una invitación para que los estudiantes se acerquen a otras disciplinas, para propiciar el diálogo entre otras ciencias y, en especial, con la que ostenta el nombre de Historia.

Dos motivos orillaron a pensar un texto con este énfasis. El primero surgió a unas semanas de haber ingresado como profesor a la UPN: en una charla de pasillo entre estudiantes escuché que uno de los alumnos mencionaba que no sabía para qué le serviría a un psicólogo educativo la materia de Sociedad y Educación en el México actual (materia impartida en el segundo semestre de la licenciatura en psicología educativa), rematando su comentario con la siguiente frase: “una materia de Historia es una materia de relleno”.

Este comentario me animó a buscar diferentes respuestas para proponer a los estudiantes y que, así, entendieran la importancia de conocer otras disciplinas; el fuste de no encerrarse sólo en las páginas de los libros de psicología, sociología, pedagogía, historia, etcétera (este consejo es útil para todas las disciplinas). Debemos fomentar el hábito de la lectura de autores con formaciones diversas, entre ellos de historiadores; la Historia como disciplina crítica tiene mucho que aportar en la formación de los estudiantes universitarios, como expondré en un momento.

El segundo acontecimiento que me motivó a desarrollar este texto fue un pequeño artículo en el que se invita a los profesores universitarios a acercar a los alumnos a adquirir una cultura científica y hacer ciencia en el sentido amplio de la palabra. El autor se cuestionaba lo siguiente:

¿Cómo impulsar a los estudiantes hacia el gusto por adquirir una cultura científica? Es una encomienda de todos los involucrados en el ámbito educativo y ... social, pero un elemento útil para fortalecer una cultura científica, ya sea en las escuelas o la sociedad, es ser parte de una Comunidad que esté reflexionando permanentemente, con un profundo compromiso de hacer cultura, de hacer historia de la ciencia, de hacer grupos de docentes e investigadores, así como de otros especialistas comprometidos con la transformación educativa (Miranda, 2015).

Considerando lo expuesto en dicho artículo, coincido en la importancia de alentar a los alumnos para que asistan y participen en coloquios, congresos y seminarios, y que estén al tanto de los debates universitarios actuales. Es fundamental que escuchen y lean a sus profesores fuera del aula, en otros foros, en otros espacios. De esta forma, nuestros estudiantes entrarán en contacto con las problemáticas y los debates recientes, que nos ponen al tanto de las críticas y comentarios en torno a las teorías, los conceptos y las metodologías usadas por nuestros colegas. Como profesores universitarios debemos motivar esta cultura científica, generar en

nuestros estudiantes hábitos de investigación, lectura crítica, escritura; aunque no piensen dedicarse a la vida académica, estas habilidades son fundamentales para todo estudiante.

Pero, ¿qué puede aportar al desarrollo de la cultura científica de los estudiantes una disciplina como la Historia? Para los que practicamos esta disciplina las respuestas se nos agolpan en la cabeza. Hay varias posibilidades. Desde enseñarlos a problematizar, orientarlos a la investigación, guiarlos en la construcción del dato, hasta motivarlos a mejorar su escritura, a realizar lecturas de forma crítica, etcétera; podemos sugerir varios caminos, e incluso muchos de ellos son practicados también por otros especialistas. Pero existe otra propuesta, que es uno de los mayores aportes que los historiadores han desarrollado para hacer un análisis crítico de textos: me refiero a la historiografía.

¿Pero qué es la historiografía y para qué sirve?

La historiografía es considerada como una herramienta metodológica que sirve para hacer análisis críticos de textos. Y, en general, tiene cuatro significados:

- 1) La historiografía puede ser considerada como un conjunto de obras escritas que tratan de los acontecimientos humanos del pasado, y que suelen identificarse como libros de historia. Pueden estar ordenados con base en distintos criterios, que pueden ser: *a*) temáticos *b*) cronológicos *c*) geográficos *d*) académicos *e*) ideológicos
- 2) La historiografía “considerada como una historia o conocimiento histórico de la historia como disciplina o saber (estudio de los distintos problemas que se hayan involucrados en el conocimiento histórico)”, (Rico, 2002, p. 70); se revisan, por ejemplo, cuestiones como: teoría de la historia, filosofía o metodología.
- 3) La historiografía considerada “como la práctica que define la naturaleza del trabajo del historiador y su producto”; es decir, indagar la construcción de la obra y su contexto (Rico,

2002, p. 71). En la operación historiográfica, Michel de Certeau considera que hay que tomar en cuenta las siguientes interrogantes a la hora de llevar a cabo dicha operación: ¿Desde dónde se escribe? ¿Quién escribe? ¿Para quién se escribe?, etcétera (Certeau, 1993, p. 68).

- 4) Historiografía “entendida como una disciplina que se dedica exclusivamente al saber histórico, por lo tanto su propósito no es conocer esencialmente los hechos del pasado” (Rico, 2002, p. 71).

De esta forma, es una disciplina que estudia las obras que ella misma produce, “...de las operaciones de las que son resultado, del proceso mediante el cual se integra como conjunto de obras y como un saber sobre tal conjunto de obras” (Rico, 2002, p.71).

Para Javier Rico (2002, p.71), el objetivo de la historiografía es el estudio de las representaciones de acontecimientos humanos del pasado por medio del lenguaje escrito, y cuya naturaleza radica en la integración de temporalidad y narratividad.

Un punto importante a tomar en cuenta dentro del proceso historiográfico es la cultura. Desde la selección de un tema y la interpretación de documentos, hasta la interpretación que el lector lleva a cabo en su encuentro con la obra historiográfica, debe tomarse en cuenta el ámbito cultural. Hay que tener presentes las inquietudes del escritor, las preferencias o prejuicios de los lectores y las orientaciones de las instituciones académicas. Estos factores se reflejan en los textos que escribimos y tienen una amplia relación con el contexto cultural. Lo que escribimos forma parte del contexto en que vivimos (Rico, 2002, p. 73).

Por todo lo anterior, la historiografía como se concibe hoy entre los historiadores es una integración de las cuatro nociones ya enunciadas, que nos permite concebirla como una crítica de textos, que posibilita ver aciertos, alcances, contradicciones, cambios y continuidades de una corriente o tradición a partir de la revisión de las obras. Pero también se necesita una sensibilidad especial para

identificar la relación del contexto, es decir, de la historia y la cultura de un periodo determinado.

La historiografía es una lectura especializada que permite descifrar en las obras la interpretación que un sujeto hace de determinado problema: nos permite saber cómo construye su discurso considerando lo teórico, lo metodológico, lo narrativo, lo retórico, etcétera. La historiografía nos permite saber lo que hay dentro y fuera de un texto (Rico, 2002, p. 74).

Por lo tanto, este método crítico es un aporte fundamental para ser explorado por otras disciplinas, y por ello hago la invitación para que los estudiantes de esas otras disciplinas examinen esta posibilidad en algún momento de su formación.

Las líneas que siguen a continuación son un ejercicio historiográfico que va encaminado a seguir la ruta que vincula, desde principios de siglo XX y hasta el mediar del mismo, dos disciplinas: la historia y la psicología. Uno de los objetivos es demostrar que existen algunas nociones y autores que aproximan las problemáticas entre ambas disciplinas; hacia principios de siglo XX existió un acercamiento que permitió el desarrollo de nociones y de nuevos enfoques, propiciando el desarrollo de trabajos transdisciplinarios.

### **UNA HISTORIOGRAFÍA TRANSDISCIPLINAR: PSICOLOGÍA E HISTORIA**

Este trabajo es una propuesta historiográfica, en tanto que planteamos como eje la recuperación de autores, obras y conceptos que vincularon a dos disciplinas desde hace aproximadamente un siglo.

Cuando iniciamos el proyecto de este texto, uno de los primeros pasos fue una búsqueda en apuntes y textos sobre los psicólogos que había revisado a lo largo de la formación como historiador. Con sorpresa, constatamos que la Psicología ocupaba un lugar marginal en la formación del historiador (por lo menos en los programas de estudios de la licenciatura en Historia de la Escuela Nacional

de Antropología e Historia, y del posgrado en Humanidades, área de Historia de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa). Y cuando se llega a revisar el trabajo de algún psicólogo, examinamos sus aportes de manera indirecta, oculta, viciada, a través de la mirada, las ideas y problemas de antropólogos, sociólogos, lingüistas, historiadores, etcétera.

Pero mi sorpresa fue doble cuando descubrí que los autores que para un historiador son referentes, eran desconocidos o ignorados por la mayoría de mis compañeros psicólogos. Estábamos frente a un problema común: el poco interés por profundizar en los aportes y desarrollo de disciplinas diferentes a la de nuestra formación. Corremos el riesgo de una especialización disciplinar exagerada.

Ante el desconocimiento mutuo entre psicólogos e historiadores, nos surgió una primera interrogante: ¿Qué vínculos existen entre Historia y Psicología? Una parte de la respuesta a esta pregunta es el objetivo que nos planteamos en este texto.

Mas la psicología es una disciplina extensa y diversa, por ello fue necesario especificar y delimitar nuestro trabajo. La relación que buscamos es en específico aquella de una psicología social con la llamada psicología colectiva. Para Fernández (2004, p. 26), la psicología colectiva es: "... aquella disciplina que concibe a la sociedad como una entidad psíquica, como siendo un pensamiento completo o, si se quiere, como si fuera una persona del tamaño de todo el tiempo y el espacio de la cultura."

La psicología colectiva trabaja con nociones como mente grupal, alma de los pueblos, conciencia colectiva, memoria colectiva, espíritu público, sociedad mental, entre otras. Ha planteado la necesidad de trabajar con la cotidianidad, o lo que se ha denominado técnicamente como "cultura cotidiana"; esto es, los eventos que tienen lugar en la vida diaria y que le otorgan sentido a la existencia de la gente. Se trata de dar cuenta de la cultura de todos los días.

A partir de las nociones planteadas por la psicología colectiva, se evidencia que la idea de lo colectivo, lo mental y el pensamiento social son nociones comunes a ambas disciplinas. Por ello, iniciamos esta búsqueda a partir de estas ideas en común.

## **HISTORIA Y PSICOLOGÍA: LO SOCIAL, LO COLECTIVO, LA MEMORIA Y LAS MENTALIDADES**

Antes de adentrarnos en los laberintos que existen entre psicología e historia, quiero recordar un mensaje de saludo a propósito de este tema:

Es una estupenda señal... que los psicólogos profesionales, a quienes debemos esta reunión, hayan tenido la idea de invitar a representantes de materias distintas y en particular... a la que ostenta el venerable nombre de historia... Los historiadores y los psicólogos tienen buenas razones para colaborar. Nosotros, los historiadores, les necesitamos mucho. Nuestros estudios nos obligan constantemente a hacer psicología, individual o colectiva. Con demasiada frecuencia nos limitamos a aplicar las nociones psicológicas del sentido común. Me temo que esta psicología no siempre es la más certera ni la más fina... Supongo que los psicólogos, por su parte, también pueden necesitar a los historiadores. Porque la realidad que sus métodos les permiten conocer está limitada al presente o al pasado más cercano. Es una experiencia incompleta. Si desean remontarse más en el tiempo, tropiezan con unos problemas que requieren métodos de investigación distintos, a los que debemos dar el nombre de históricos... el historiador no puede prescindir de las enseñanzas del psicólogo, si no quiere equivocarse. Pero la recíproca también es cierta (Bloch, 2002b, p. 495).

Las anteriores palabras fueron dichas por el historiador francés Marc Bloch en 1942, en el marco de un Congreso de Psicología en Toulouse. Con algunos matices, este mensaje sigue teniendo vigencia, porque aún hay vínculos por explorar entre ambas disciplinas. Psicología e historia tienen muchos puntos de confluencia, más de los que sus especialistas quieren ver, e incluso algunos se resisten a reconocerlos. En estas líneas queremos hacer un breve recorrido por parte de ese camino intelectual. Para lograr este objetivo, seguiré como hilo conductor, en un primer momento, la relación fecunda entre historiadores y psicólogos que se generó a principios del siglo

XX, propiciando el desarrollo de nociones como mentalidad, colectividad, memoria colectiva, utillaje mental y pensamiento social, entre otras. Estos conceptos fueron abordados en varias obras por autores con una formación que ahora se conocería como transdisciplinar, como sociólogos, psicólogos, antropólogos e historiadores, y que gastaron sus plumas en torno a estos problemas. Ya para el último cuarto de siglo, estos temas se habían vuelto recurrentes dentro de las diferentes tradiciones historiográficas, principalmente desde perspectivas cercanas a la historia de las mentalidades y cultura. Asimismo, hay que tomar en cuenta otro tema, el de la memoria colectiva, que fue ganando terreno entre los historiadores durante la segunda mitad de este siglo, debido a un interés por rescatar la memoria de grupos que sufrieron el embate de las guerras, las dictaduras, las guerrillas, la discriminación, la marginación, etcétera; hechos presentes a lo largo de varias centurias pero desterrados de la historiografía imperante. De esta forma, es evidente que durante este periodo se dio un paso más hacia el uso de la memoria como objeto de la historia, sobre todo en lo referente a la recuperación de las memorias de grupos subalternos.

Para entender el desarrollo de estas nociones, es imperante resaltar dos contextos académicos importantes. En primer lugar, las circunstancias intelectuales de finales del siglo XIX y principios del XX, que propiciaron un diálogo académico intenso entre las diversas disciplinas, lo que se reflejó en un trabajo transdisciplinario; por ello es frecuente encontrar en las obras de varios historiadores referencias a psicólogos, sociólogos, antropólogos, geógrafos, etcétera, y viceversa. Un segundo momento a destacar se da durante la segunda mitad del siglo XX, donde la necesidad de dar un giro al rumbo tomado por las ciencias sociales orientó a las investigaciones de diversas disciplinas a buscar nuevos horizontes. En estos años ocurrió otro acercamiento transdisciplinar, en parte propiciado por la denominada crisis de las ciencias sociales, acercamiento del cual no participaría la psicología social, dado su positivismo e individualismo acentuado (Ibáñez, 1994) y su enclaustramiento en



los muros de las universidades. Por el contrario, disciplinas como la antropología, la economía, la demografía, la sociología, la literatura, etcétera, ganaron terreno y su influencia fue evidente en varios historiadores destacados, como Fernand Braudel, Carlo Ginzburg, Natalie Zemon Davis, Robert Darnton, Emmanuel Le Roy Ladurie, Ranahit Guha, entre otros. Durante la segunda mitad del siglo XX, una psicología con tintes sociales, algo relegada de la versión dominante, influye en estos historiadores, pero de manera indirecta en la mayoría de los casos, a través de estudiosos de otras disciplinas.

Historia y psicología social y colectiva han recorrido un buen trayecto de relaciones e intercambios, con momentos de coqueteos más intensos y, por supuesto, con sus alejamientos; pero hacia los albores del siglo pasado, su acercamiento es incuestionable, y dejó un camino abierto por el que transitaron varios investigadores en las décadas posteriores, y cuyo diálogo se verá reflejado en las propuestas de una y otra disciplina.

Dentro de la disciplina histórica se reconoce al francés Henri Berr (1863-1954) como uno de los primeros historiadores en notar la importancia de la psicología para la reconstrucción del pasado. Este historiador tuvo un gran influjo dentro de los seguidores de Clío durante la primera mitad del siglo XX; sus ideas dieron aire fresco al enfoque histórico predominante en la época. Su propuesta de frontera, de hacer salir a la historia del encaramiento disciplinar para aventurarse a recorrer el espacio amplio de las ciencias sociales y las humanidades, dio a la historia un semblante renovado: “Henri Berr preconiza una historia-síntesis, una historia global que tenga en cuenta todas las dimensiones de la realidad, de lo económico a las mentalidades, en una perspectiva científica” (Dosse, 2012, p. 48). En otras palabras, Berr buscó un ecumenismo entre las diversas ciencias sociales (historia nueva como la conciben los durkhenianos). Si bien es cierto que en la actualidad sus propuestas pueden considerarse elementales, el simple hecho de imaginar una historia diferente abrió brecha a una nueva historia, que décadas más tarde se perfeccionó con dos de sus discípulos: Lucien

Febvre y Marc Bloch. Es importante señalar que un motivo fundamental para entender el desvanecimiento del proyecto histórico de Berr fue su lejanía de las cátedras clave dentro de las universidades de la época; la falta de un respaldo institucional sólido le impidió consolidarse como una escuela. A diferencia de otros proyectos, como el de Emile Durkheim: “Henri Berr no quiso constituir una escuela a su alrededor como lo habían hecho los sociólogos en torno a Durkheim. Este rechazo confinó su discurso a la periferia a partir del momento en que él no estaba por una estrategia de conquista de puestos, de ocupación de cátedras universitarias” (Dosse, 2012, p. 49).

Para Berr “la historia es la ciencia de las ciencias” con una esencia de naturaleza psicológica (Dumoulin, 2005, p. 75), concepto que apoyó mediante la noción de psicología histórica y que se reflejó en varias de sus obras. Desde el año de 1898, este autor dejó en sus textos algunas menciones para ahondar en esta novel disciplina en su rama social, o como la llamó en su trabajo *L’Avenir de la philosophie*, la psicología histórica: “El espíritu es el producto de la historia. La historia es la concreción del pensamiento. Psicología de la humanidad, psicología de los pueblos, psicología biográfica: se multiplican los ensayos diversos. Y todos esos conceptos-ideas aspiran a fundirse al absorber la erudición. Hay una psicología histórica en vías de elaboración, sin haber hallado aún su forma definitiva” (citado en Mandrou, 1962, p. VII).

En trabajos posteriores, Berr siguió reconociendo en la psicología a una disciplina muy importante para el historiador, aunque la llamó con diferentes apellidos: en 1921 psicología de los historiadores, en 1939 historiador-psicólogo, en 1949 psicología colectiva o psicoanálisis y, por último, psicología genética en 1953. (Costa, 2003, p. 39).

Estas ideas fueron desarrolladas de manera más amplia a partir de dos proyectos colectivos muy importantes, el primero de ellos la fundación de la revista *Revue de synthèse historique*, que vio la luz en 1900. Desde esta revista atacó a la historia dominante, en

búsqueda de una historia-síntesis con apertura a las ciencias sociales, una historia global que abarcara los diversos ámbitos de una sociedad.

Por otra parte, Berr dejó evidencia de sus ideas en una de las mayores empresas intelectuales coordinadas por él, titulada *La evolución de la humanidad* –los primeros tomos se publicaron en la década de 1920, en Francia–, obra colectiva formada por 168 tomos, que recogió las síntesis sobre temas relacionados con la historia de la humanidad desde sus inicios. En esta obra participaron varios investigadores insertos en el ámbito académico europeo; respecto a este proyecto el historiador Lucien Febvre manifestó que: “La importancia radica en la concepción de la colección como un todo organizado y estructurado con precisión –sin duda demasiado, como lo demostrará la experiencia–, y no como una lista de estudios yuxtapuestos.” (Febvre, Martin, 2004, p. 394) Más tarde, el historiador Robert Mandrou manifestaría que esta obra ha “sido origen de ese movimiento en favor de un concepto nuevo de la Historia, de una Historia que no solamente sabe, sino que comprende y que, al comprender, explica” (Mandrou, 1962, p. VII).

A pesar de su importancia, esta obra no escapó de las críticas, décadas más tarde, fue foco de algunos comentarios adversos: “Es verdad que únicamente los prefacios incansablemente sintéticos de Henri Berr aseguran la unidad de la empresa, que se transforma poco a poco en un simple reflejo del establishment universitario de entonces” (Dumoulin, 2005, p. 75).

Por la influencia de esta obra en la historiografía de la época, la retomo como muestra para entender el pensamiento y los vínculos intelectuales de este historiador; asimismo, permite comprender algunas de las nociones principales que influyeron en su obra y en la de sus discípulos. En uno de los tomos que sirve de colofón a este proyecto, titulado *Al margen de la Historia Universal*, Henri Berr dejó evidencia de su cercanía y gusto por una historia próxima a la psicología; en el prólogo de esta obra manifestó que la historia debe echar mano de otras ciencias para alcanzar nuevos objetivos:

“en primera fila figuran la sociología y la psicología, cuyo desarrollo ha sido tan provechoso para la historia” (Berr, 1962, p. VI). De igual modo, en este texto destaca varias nociones importantes para los objetivos de nuestra pesquisa, como son: psiquismo, mentalidad étnica, colectiva y primitiva, así como pensamiento social.

Este autor se interesa en desarrollar la noción de pensamiento a través de la historia de la humanidad, por ello considera importante:

Saber, por una parte, en qué medida el Pensamiento, en la sucesión de los tiempos, en la multiplicidad de los individuos, de las escuelas y de los pueblos que han especulado, tiene unidad, representa una lógica. Y por otra parte, se trata de saber en qué medida ha actuado ese pensamiento puro, en qué medida el conocimiento hacia el cual tiende ha transformado, con la concepción de la vida, la conducta de los hombres y la organización de las sociedades (Berr, 1962, p. 217) .

Este párrafo ejemplifica lo que el autor proyectaba acerca de la historia y el pensamiento, considerados como resultado de lo colectivo, de lo social.

Asimismo, abunda sobre esta idea agregando un vínculo muy interesante a considerar: estudiar la historia de las humanidades a través de la psicología para conocer la mentalidad de los grupos. Al respecto, señala que una colectividad como una nación tiene un carácter propio que marca a los individuos con “semejanzas contingentes” y, por lo mismo: “tiene que reconocer... que existe alguna relación entre mentalidad de un pueblo y su lenguaje: ‘Se podría imaginar una psicología de los pueblos que se apoyara en el examen de los diversos cambios semánticos demostrados en las lenguas que hablan. El estudio sería delicado pero valdría la pena intentarlo’” (Berr, 1962, pp. 44-45). Hay que resaltar que esta última cita la retoma de un trabajo anterior a la *Síntesis en la Historia*, por lo tanto, la idea del estudio de la colectividad y el lenguaje en la historia de la humanidad ya rondaba en sus escritos al menos desde 1911.

Para Berr, en el centro del problema sobre el origen del pensamiento se encuentra una cuestión social y colectiva: “en esa evolución tal vez sería interesante determinar de un modo más riguroso el papel del individuo y el de la sociedad, distinguir bien lo social y lo colectivo”. Por ejemplo, sitúa la reflexión moral de los individuos como una necesidad de la sociedad, por ello su origen es social: “no se crea, sin embargo, sino por los individuos, seres sociales y, sobre todo, gracias a ciertos individuos, agentes sociales. De un modo general, la sociedad se realiza por los individuos; después se piensa en los individuos, antes de ser transformada por su crítica” (Berr, 1962, p. 219). Era claro que lo social era fundamental para la historia, para el pensamiento que en ella se va edificando y para hurgar lo compartido, lo colectivo que de ese pensar en sociedad existe. Por eso es que este historiador menciona:

La vida no es algo pasivo y, por decirlo así, vacío: es tendencia y es memoria. Cuando acierta, retiene los medios de su acierto. La lógica, en el sentido estricto de la palabra, es el buen uso de la mente; en sentido amplio, es la actividad conforme a las tendencias fundamentales del ser, que usa medios apropiados. Emanada, por consiguiente, de lo más recóndito de la vida, la actividad lógica desemboca en la ayuda mutua lo mismo que en la lucha, se dilata en el instinto social más que en el egoísmo; crea, en definitiva, a la sociedad misma (Berr, 1962, p. 8).

Son tiempos en que lo social, lo colectivo, lo compartido tiene especial relevancia, cuestión que ya había comprendido la psicología colectiva (Fernández, 1994). En eso acompañado, en eso social, existe una lógica social cuyo estudio saca a luz el papel del individuo y su relación con la sociedad. Una de las nociones fundamentales para entender la relación individuo-sociedad, que entrará en amplia discusión a inicios del siglo XX en la psicología social y colectiva en la historia de la humanidad, es la mentalidad, porque introduce en la organización social elementos que se ubican en las personas. El vaivén fundamental en la historia es el paso de lo colectivo a lo

personal, y a la inversa, donde mentalidad y conciencia colectiva se encuentran como ejes fundamentales:

Ahora, bien, agente de lógica mental, el individuo lo es también, según parece, de lógica social. Esas instituciones, que aparecen como algo objetivo y, en amplia medida, obligatorio; esos actos del grupo, que surgidos de la voluntad colectiva, no escapan por completo a la conciencia del individuo. ¿Qué es, en suma, la “conciencia social” para quien no quiera ser víctima de las palabras, sino la representación de la sociedad en las conciencias individuales? Los fenómenos más deslumbrantes de la vida social, que nacen de lo que podemos llamar “estados de multitud”, llevan consigo, por borrada que esté, una participación activa del individuo. En esos estados –que son esencialmente afectivos–, aunque las representaciones individuales se aviven y se armonicen por la emoción común y aunque, hasta cierto punto, la unidad de conciencia se realice momentáneamente, pueden encontrarse, sin embargo, se encuentran siempre, sin duda, individuos que, experimentando en un grado superior las necesidades del grupo, precisan y orientan su manifestación; los cuales, por consiguiente, no son simples elementos de la sociedad, sino verdaderos agentes sociales. Y aparte de esos “estados de multitud” –que por múltiples razones, cada vez se hacen menos frecuentes en el transcurso de la Historia–, la representación de la sociedad, ¿no es, acaso, singularmente desigual en intensidad y en precisión en las diversas conciencias individuales? La sociedad, repitémoslo, no piensa; es el individuo quien piensa; por tanto puede ser aún más que agente social; puede ser iniciador, inventor social. La lógica mental y la lógica social tienen la misma fuente profunda, y se reúnen aquí. Nacido de los aciertos de la acción, el pensamiento se consagra, en el individuo, a servir a la acción, a perfeccionar la vida social. Es difícil negar la eficacia práctica de las ideas: interesa determinarla (Berr, 1962, pp. 9-10).

Como puede advertirse, Berr estaba al tono de lo colectivo de los tiempos, como la psicología colectiva lo venía haciendo: abordando lo colectivo de la vida en sociedad, de las mentalidades, de la memoria, de las multitudes, eso que después se olvidaría en el campo de la psicología social, privilegiando al individuo.

Para Berr la mentalidad colectiva está constituida de la siguiente forma:

Las adquisiciones, las creaciones de la mente se comunican y se transmiten en lo que tienen de más contingente: de ahí una mentalidad colectiva en el sentido estricto de la palabra. Toman forma institucional; y sabemos que por la traba de la institución de la sociedad, inmoviliza a la inteligencia en mitos y conceptos arbitrarios. Pero también forman una trama lógica: y ésta es el pensamiento humano, esfuerzo impersonal de la personalidad (Berr, 1962, p. 219).

Para este pensador “lo colectivo es lo que responde no a una necesidad social o a un esfuerzo lógico, sino a los caracteres contingentes de una colectividad” (Berr, 1962, p. 219). Es posible que la idea de lo colectivo en la historia la haya retomado del historiador Karl Lamprecht (profesor e historiador de la universidad Leipzig) y su texto *What is History?*, publicado en 1905, donde le dedica un capítulo al tema de la colectividad en la Historia, y del psicólogo Charles Blondel y su propuesta de una psicología colectiva.

Uno de los aportes de Berr para la construcción de una historia diferente, se debe a que reflexionó lo individual como un actuar contingente; esta noción de lo histórico abrió el camino para considerar que los sujetos históricos y las colectividades no tenían el control total en la dirección de los acontecimientos. Esta perspectiva posibilitó que los historiadores ampliaran su abanico de problemáticas; por lo tanto, la historia positivista fue paulatinamente desplazada por investigaciones que se centraron en lo contingente de las civilizaciones, las multitudes, las mentalidades, las sensibilidades, etcétera. Para Berr, estas temáticas sólo podían estudiarse con la ayuda de otras disciplinas, principalmente de la psicología: “La psicología es indispensable para el historiador cuando hace la síntesis. Este sentido psicológico, al mismo tiempo que el sentido histórico, es curiosidad por todo lo que es humano, la inteligente simpatía para lo diferente, lo mutable y lo complejo de la vida” (citado en Sant’Anna, 2008, p. 107). Asimismo, hay que destacar

que Berr concebía la relación entre estas disciplinas como un nuevo campo interdisciplinar con fronteras de límites ambiguos, mencionando que: “La psicología es auxiliar de la historia, por lo que es justo declarar que la historia es una psicología aplicada. Pero hay una relación más profunda de la psicología con la historia. La historia, en síntesis, es la propia psicología; que es el nacimiento y desarrollo de la psique” (citado en Sant’Anna, 2008, p. 107).

La noción histórica de Berr se encuentra atrapada entre dos polos, el individual y el colectivo, donde el papel de la psicología es fundamental. Por un lado, la psicología individual lo alentó a considerar las particularidades personales porque, para él, lo individual aumentaba con el desarrollo de las sociedades, al considerar que “...la necesidad de preservar la individualidad de la conciencia, particularmente en las formas de actividad más elevadas, es decir, en la actividad intelectual” (Burguière, 2009, p. 83). No obstante, Berr es el iniciador de un cambio en el enfoque histórico donde la psicología, la transdisciplina, lo individual y lo social se debían conjugar en su idea de síntesis histórica.

La brecha abierta por Henri Berr se fue ampliando hasta volverse un camino más transitado. Y fueron dos de sus discípulos los que contribuyeron décadas más tarde a ampliar este camino: Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944), quienes fundaron en 1929 la revista “*Annales d’histoire économique et sociale*”, dando con ella un giro radical a la manera de hacer la historia en estos años. En torno a esta revista se formaron varias generaciones de historiadores, y se creó con ellos una de las corrientes históricas más influyentes del siglo XX, conocida como la “Escuela de los *Annales*”.

Las investigaciones de Marc Bloch y Lucien Febvre se vieron influidas por el ambiente transdisciplinar del mundo europeo de las primeras décadas del siglo XX. Bloch y Febvre vivieron un ambiente académico particular en la Universidad de Estrasburgo, que hacia 1920 era la segunda en importancia por la calidad de sus profesores, pese a ser un enclave parisino en una provincia; el gobierno francés



fortaleció esta universidad después de ser recuperada de manos del poder alemán, el orgullo francés estaba en juego y debía demostrarse la calidad de sus universidades. Por ello, esta universidad contaba con una de las mejores bibliotecas del país; además, los apoyos para publicaciones, al parecer, no eran exiguos, al contar con una caja de investigaciones científicas que subvencionaba las publicaciones de la Facultad de Letras. En Estrasburgo coincidieron investigadores de la talla del geógrafo Henry Baulig, los psicólogos Henry Wallon y Charles Blondel, los sociólogos Gabriel Le Bras y Maurice Halbwachs, los historiadores Georges LeFebvre, Charles Edmons Perris, y los aludidos Marc Bloch y Lucien Febvre. No es difícil imaginar lo interesante del ambiente académico de esta institución, además de los intereses comunes que mostraron Halbwachs, Blondel, Bloch, Febvre y Lefebvre en torno a las mentalidades, la memoria y lo colectivo. De esta forma, en Estrasburgo, “Los encuentros del sábado permitían la reunión de filósofos, sociólogos, historiadores, geógrafos, juristas y matemáticos que así instituyeron un diálogo regular e institucionalizado alrededor de tres temas (filosofía y orientalismo, historia de las religiones, historia social)” (Dosse, 2012, p. 50).

Bloch se integró a Estrasburgo desde 1919, donde coincidió con Blondel y Halbwachs; estos últimos desarrollaron ideas que influyeron fuertemente sobre su labor, y quedaron plasmadas en las obras *Introducción a la Psicología Colectiva*, de Blondel y *Los marcos sociales de la memoria*, de Halbwachs, trabajos que fueron reseñados por Bloch.

Estos historiadores dejaron evidencia de su interés por la psicología social y colectiva en varias de sus investigaciones; quizás el trabajo más prematuro en este sentido es un breve artículo de Bloch titulado “Reflexiones de un historiador sobre los bulos surgidos durante la guerra”, publicado en 1921; esta investigación es un acercamiento a lo que el autor llamó *psicología del testimonio* (Bloch, 1999, pp. 175-197). Este trabajo llama principalmente la atención sobre la presencia de los rumores a lo largo de la historia;

este tema fue resultado de su experiencia durante la Primera Guerra Mundial y la circulación de rumores en las trincheras. Por ello, para Bloch los rumores deben ser estudiados por ser un problema social vigente, y requieren una metodología crítica: “En este asunto, las observaciones verdaderamente preciosas son las que vienen de individuos curtidos en los métodos críticos y habituados a estudiar los problemas sociales. La guerra..., ha sido un inmenso experimento de psicología social” (Bloch, 2008, p. 197).

En varias de sus obras posteriores también dejó evidencia de su interés por el estudio de las mentalidades y la memoria colectiva; quizá la obra más influyente en este sentido sea su trabajo sobre *Los Reyes Taumaturgos* (1924), considerado como el más innovador salido de su pluma, llamando la atención no sólo de historiadores sino también de psicólogos colectivos como Charles Blondel (Ginzburg, 1997, p. 18). En *Los Reyes Taumaturgos* se aprecia el trabajo de un historiador con amplios intereses por la geografía humana de Vidal de la Blache, los avances sociológicos de Durkheim, y por aproximarse a la problemática de las mentalidades abordándola a partir de las representaciones colectivas, “que permitieron afirmar y difundir la fe en el poder taumatúrgico de los reyes franceses e ingleses” (Ginzburg, 1997, p. 21). Este trabajo se acerca en mucho a lo hecho por Maurice Halbwachs en estudios sobre memoria colectiva (Halbwachs, 1941).

El trabajo de Halbwachs atrajo su atención, incluso le dedicó una reseña aparecida en la *Revue de Synthèse* en 1925, titulada “Memoria colectiva, tradición y costumbre” a propósito de un libro reciente. En este texto Bloch reivindica la utilidad de la psicología para la historia, sólo si su preocupación central es lo social, como lo dejó de manifiesto al hablar de su tesis sobre que soñar no es recordar:

Si Halbwachs..., hubiese permanecido en el terreno de la psicología individual, el historiador que escribe estas líneas se hubiese limitado, única y exclusivamente, a leer el libro, pero nunca se hubiese atrevido a realizar un comentario

crítico del mismo. Pero Halbwachs es sociólogo, tanto por profesión como por mentalidad, y por ello la fecunda observación que acabo de recordar lo lleva a construir toda una teoría de la memoria contemplada desde el punto de vista de la psicología colectiva (Bloch, 1999, p.223).

A Bloch le sedujo la tesis de Halbwachs relacionada con los marcos sociales de la memoria, e incluso exhortó a los historiadores a considerar estas “categorías de origen social”, para comprender el tiempo, el espacio y las imágenes del pasado; por ello, resaltó particularmente la función social del lenguaje “...no hay nadie que no perciba que la memoria en gran medida depende de la palabra interior” (Bloch, 1999, p. 225). Por sus intereses sobre la mentalidad, Bloch siguió muy de cerca las investigaciones de Halbwachs; por ello, al final de este texto firma con una sentencia esclarecedora sobre el enfoque histórico que se reflejó en varios de sus trabajos: “El libro de Halbwachs nos obliga a reflexionar sobre las condiciones propias de la evolución y desarrollo histórico de la humanidad, pues... ¿qué sería de esta evolución sin la «conciencia colectiva?»” (Bloch, 1999, p. 232).

En 1931, Bloch volvió a mostrar interés por un texto de Halbwachs, en esta ocasión en una reseña publicada en *Annales d'histoire économique et sociale*, escribió algunos párrafos sobre el texto “Las causas del suicidio”. De este trabajo nuevamente llama la atención del historiador el enfoque social dado a un tema como el suicidio, por lo que elogia que Halbwachs se acerque a este tema con una explicación “supraindividual”, aunque a simple vista este tema no pueda explicarse con este enfoque: “¿Hay acaso un acto en apariencia más estrictamente personal que aquél por el que un individuo, frecuentemente inmerso en una atroz soledad sentimental, elige darse muerte?” Pero Bloch aprovecha esta interrogante para recuperar una de las ideas principales de este trabajo: “Sin embargo, la cantidad siempre aproximadamente constante de suicidios dentro de una sociedad determinada, y las variaciones que se pueden llegar a establecer dentro de dicha cantidad de acuerdo con ciertos

ritmos, denuncian claramente la presión e influencia que sobre ella ejercen los grupos” (Bloch, 1999, p. 233). Aprovechando este trabajo, Bloch nuevamente lanza a los historiadores a tender puentes con otras disciplinas; al parecer, en estos años su mayor interés era nutrirse de la sociología y de la psicología con un enfoque social, por k̄lo que ve en esta obra un libro prometedor para entender no sólo el suicidio, sino los síntomas sociales (Bloch, 1999, p. 237).

Por otro lado, en el texto sobre la Sociedad Feudal –que originalmente formó parte de la colección de la *Evolución de la Humanidad*, volúmenes 52 y 53–Bloch dedica un espacio para acercarse al problema de la transmisión de la memoria colectiva en la Edad Media. Bloch ejemplifica el problema de la memoria colectiva con el papel de las epopeyas y su difusión entre los sectores populares, reconociendo que “...los relatos épicos en lengua vulgar son los libros de historia de las personas que no sabían leer, pero a los que les gustaba escuchar... expongamos aquí desde el punto de vista que ante todo importa a la estructura social y que, más generalmente, no resulta al menos apropiado para abrir perspectivas fecundas: el de la memoria colectiva” (Bloch, 2002a, p. 113). De esta forma, se acerca a un periodo en que el gusto por narrar y escuchar relatos del pasado es innegable, por ello afirma que la sociedad feudal cuando encontraba un hecho impresionante, “todo un ciclo narrativo las tomaba por motivos”. Así, diversas formas narrativas fueron los marcos de la memoria de la sociedad feudal, donde la epopeya, los juglares y la Iglesia jugaron un papel importante. Por ello, este historiador se preocupó por descifrar cómo se transmite la memoria colectiva a través de la narrativa:

¿Cómo sorprenderse de que una tradición narrativa se transmite a lo largo del tiempo, cuando se piensa en el interés que los hombres de la época feudal tenían por el pasado y el placer que sentían al oírlo contar? Como hogares predilectos, esa tradición, tenía todos los lugares donde acudían gentes errantes: esas peregrinaciones, esos campos de feria y esos caminos de peregrinos y de mercaderes cuyo recuerdo ha marcado tantos poemas. Los comerciantes que

recorrían largas distancias, ... ¿dudaremos de que hayan transportado, con sus bultos de tejidos o sus sacos de especias, de un extremo al otro de sus itinerarios familiares, buen número de temas heroicos, y otras veces, simples nombres? Fueron seguramente sus relatos, junto con los de los peregrinos, los que enseñaron a los juglares la nomenclatura geográfica del Oriente, y dieron a conocer a los poetas del Norte la belleza del olivo mediterráneo, que, con un ingenuo gusto por lo exótico y un admirable desprecio del color local, los cantantes plantan con arrojo en las colinas de Borgoña o de Picardía. Aunque de ordinario no hubieran dictado las leyendas, los monasterios ofrecieron un terreno muy favorable a su desarrollo: porque por ellos pasaban muchos viajeros; porque en ellos la memoria se anclaba en más de un viejo monumento; y por último, porque los monjes siempre han tenido afición a narrar (Bloch, 2002a, p. 118).

En este texto también dedica un espacio a indagar el tema de la mentalidad religiosa, nombrándola también como actitud religiosa de la Europa Feudal. Bloch destaca algunos caracteres comunes de la mentalidad religiosa durante este periodo, interesándose en el impacto en la conducta social de estos hombres: "... tendremos que limitarnos aquí a retener las orientaciones de pensamiento y de sentimiento cuya acción sobre la conducta social parece haber sido particularmente fuerte" (Bloch, 2002a, p. 105). Como en su texto de los Reyes Taumaturgos, nuevamente se ve interesado por una interpretación simbólica de la historia, además de un interés por los aspectos más cercanos a lo cotidiano, a lo sensible:

A los ojos de todas las personas capaces de reflexionar, el mundo flexible no era más que una especie de máscara, detrás de la cual ocurrían las cosas verdaderamente importantes, un lenguaje también, encargado de expresar por signos una realidad más profunda, Y como una trama externa no ofrece mucho interés en sí misma, el resultado de este perjuicio era que la observación, generalmente se abandonaba en provecho de la interpretación (Bloch, 2002a, p. 105).

Bloch se interesó por el desarrollo de las ciencias sociales en general, fue un historiador preocupado por integrar los avances de

otras disciplinas a su quehacer. Siguió de cerca los progresos de la psicología en general, pero en especial de la colectiva, como quedó registrado de forma abierta en su ensayo “Las transformaciones de las técnicas como tema de psicología colectiva”, publicado después de su muerte a manos de la Gestapo en 1944, en el *Journal de psychologie normale et pathologie* (1948). En este pequeño texto Bloch intenta esclarecer los motivos que llevan a una sociedad a adoptar o rechazar el uso de nueva tecnología, él se pregunta: “¿Qué causas explican estas reacciones distintas?” Una de las cuestiones que considera para responder a esta pregunta es la utilidad en la sociedad, pero también entiende que hay cuestiones o “razones profundas” en esta decisión:

No en vano el lenguaje corriente, para orientar nuestra indagación, nos brinda una palabra cargada de significado psicológico, “rutina». Tenemos la clara impresión de que hay sociedades más «rutinarias» que otras, o más innovadoras, y sentimos la necesidad de buscar las razones profundas de actitudes que no pueden explicarse por simples consideraciones de utilidad (Bloch, 2002b, p. 496).

Bloch estudia la rutina campesina apegada a sus tradiciones, tratando de explicarla como un rasgo peculiar de la “mentalidad colectiva”. Para él, las tradiciones persisten por la transmisión de la mentalidad de generación en generación: “En la familia campesina al niño suelen criarlo los abuelos. El padre y la madre, dedicados a la faenas del campo... apenas tienen tiempo para ocuparse de él...” De esta forma, los padres son la generación más activa, pero no es la más influyente sobre la más joven y adaptable, no transmiten directamente sus enseñanzas (Bloch, 2002b, p. 497). A partir de esta cita, Bloch explica que la persistencia de tradiciones se debe a la transmisión de saberes en un ambiente rural donde la rutina familiar juega un papel importante.

No obstante, para él en la vida campesina también se dan fenómenos colectivos, como la adopción de técnicas nuevas en los

cultivos, y esto lo explica a través de la revolución agrícola del siglo XVIII y la introducción del cultivo de centeno en Francia. “... el centeno no fue ni mucho menos la única técnica nueva adoptada por la sociedad occidental en este periodo tan turbulento y, en apariencia, tan improductivo... Da la impresión... de que las condiciones de la vida social, terriblemente trágicas, propician las innovaciones” (Bloch, 2002b, p. 499).

Asimismo, en este trabajo Marc Bloch se interesa por explicar cuáles son las causas que intervienen para que en una sociedad se desarrollen las invenciones, destacando el aspecto colectivo. En el fondo de este problema él menciona en primer lugar algunas razones económicas, pero a la vez destaca otras más profundas, como las que genera el medio social, para explicar el desarrollo de la inventiva o su agotamiento. De esta forma, estudia cuáles son los grupos con inventiva de una determinada sociedad, concluyendo que dichos grupos han variado a lo largo de la historia

... en algunas sociedades ha habido, sobre todo, inventos de artesanos. Como la *edad media occidental*. No invento tanto como se ha dicho, quizá sobre todo adopción de los inventos de otros. No obstante, tiene en su haber algunos descubrimientos técnicos. En particular el torno de hilar..., quienes lo idearon fueron artesanos cuyo nombre nos resulta tan desconocido como el de los descubridores primitivos del fuego. Durante otras fases sociales... casi todos los inventos que prosperaron fueron de científicos o, por lo menos, de ingenieros. (Bloch, 2002b, p. 500).

Con las anteriores problemáticas, Marc Bloch propone un análisis más profundo para comprender por qué existen sociedades de rutinas y otras de invenciones.

Bloch es un historiador que se caracterizó por su interés por los problemas de su presente, si bien es cierto que su reflexión lo llevó a estudiar temas medievales principalmente, buscó espacios para llevar sus conclusiones al presente, como en el caso de la vida campesina a principios del siglo XX, mencionando al respecto que:

Cuando hablamos de la adaptación del campesino hoy, debemos dar mucha importancia a la adaptación de las generaciones jóvenes a la máquina. El campesino joven se ha acostumbrado a la máquina. Primero fue gracias a la bicicleta y la motocicleta, pero esta afición se ha extendido muy deprisa. Es una transformación muy importante, cuyas repercusiones psicológicas, en particular, van a ser notables. Es posible que la mentalidad campesina se esté pareciendo a la del obrero (Bloch, 2002b, p. 503).

Marc Bloch, uno de los historiadores más influyentes del siglo XX, amplió el camino abierto por Henri Berr, y su cercanía con una psicología social, colectiva, es evidente, pero en los mismos años su colega Lucien Febvre experimentaría una propuesta similar para terminar con la escritura de la historia de corte tradicional positivista, en donde las ciencias sociales y una psicología de corte social estuvieron presentes, como a continuación se detalla.

En el caso de Lucien Febvre, en sus investigaciones dejó indicios de su atracción por diferentes disciplinas como la lingüística, la etnología y la sociología. En relación a la psicología su cercanía quedó manifiesta en distintos trabajos, destacando sus investigaciones en torno a personajes individuales; en uno trató de explicar diferentes momentos de la vida mental de Martin Lutero, y en otro sobre la de Rabelais. Una de sus principales influencias la encontró en el pensamiento de Berr, su colaboración desde muy joven en la *Revue de Synthèse* y su cercanía con este historiador lo colocan como su heredero intelectual más destacado. La *Revue de Synthésé* permitió a Febvre acercarse a diversos enfoques, desde 1905 comenzó a contribuir en la revista con algunos artículos, volviéndose rápidamente miembro de la redacción y, posteriormente, encargado de la sección sobre las religiones de Francia. Es importante señalar otras influencias en este historiador, destacando las figuras de Henri Pirenne, Henri Sée, Marcel Mauss, y de los psicólogos Chales Blondel y Henri Wallon, autores que aparecen citados en varias de sus obras.

Esta búsqueda por una historia diferente se manifiesta en distintos trabajos y en ideas que guiaron a otros historiadores, como se



evidencia en la siguiente cita, escrita en un pequeño artículo, sobre la sensibilidad en la historia, que es un llamado a cambiar de rumbo en la escritura de la Historia: “Nosotros no tenemos historia del Amor. No tenemos historia de la Piedad. Ni tampoco de la Crueldad. No tenemos historia de la Alegría... Yo pido la apertura de una vasta investigación colectiva sobre los sentimientos fundamentales de los hombres y sus modalidades...” (citado en Bianchi, 1995, p. 45).

Para llevar a cabo un cambio de rumbo, Febvre se interesó por diferentes temáticas, desde las metodológicas, hasta las encaminadas a revisar las relaciones de la historia con otras disciplinas. Asimismo, se interesó por las relaciones entre el individuo y la sociedad, que aparecen en su obra como un conjunto, como una complementariedad que permite al historiador profundizar en problemáticas diversas (Raminelli, 1990, p.102).

Otra temática a destacar en sus obras tiene que ver con lo “ilógico” en la historia, cercana a las sensibilidades o *le coeur d l’homme*, temáticas que sólo pueden ser exploradas al considerar la atmósfera que alimenta una época o el clima intelectual. Su propuesta metodológica para abordar estos temas está influenciada por la psicología, quedando esto de manifiesto en un pequeño artículo titulado “Henri Wallon et la Psychologie appliquée”, publicado en la revista *Annales d’Histoire Économique et Sociale*, en 1931. En este artículo expresó la necesidad de mantener relaciones con la psicología y la sociología, con el objetivo de desarrollar elementos para explicar y entender lo humano. Hacia 1940 escribiría un pequeño texto titulado “Un Psychologue. Charles Blondel”, que se publicó originalmente en *Ann. de l’ Assoc. des Anciens Élèves de l’ École Normale Supérieure* y, posteriormente, se incluyó en la versión francesa de *Combates por la Historia*; en este texto se hace evidente el conocimiento del historiador sobre el trabajo de Blondel y sus textos sobre la memoria colectiva.

Pero hacia 1938 Febvre ya había escrito un texto importante, que se ha considerado uno de los primeros manifiestos para realizar una historia de las mentalidades, en el artículo titulado “Psychologie

et L'Histoire”, incluido en el tomo VIII de la *Enciclopedia Francesa* (este artículo también se incluye en la edición francesa de *Combates por la Historia*). Es en este artículo donde Febvre desarrolla a fondo la relación individuo-sociedad, proponiendo el problema de la aplicación de la psicología a personajes y grupos de otros periodos históricos. De esta forma, para este historiador fue importante la cercanía con la psicología colectiva pero también con la psicología individual. Aunque es significativo resaltar que, a pesar de interesarse por lo individual, para Febvre la historia era obra de lo social, “En una palabra, todo eso permite decir que el individuo es siempre el que su época y su medio social permiten” (citado en Raminelli, 1990, p. 101).

El enfoque histórico propuesto por Febvre está influenciado por la psicología, que se refleja en su propuesta de una historia de las afectividades. Él animó a los historiadores a ampliar sus dominios hacia la psicología, pues buscaba captar el “clima moral”, la “atmósfera” de un determinado pasado:

... la psicología, conocimiento científico de la función mental, debe necesariamente establecer relaciones estrechas con el conocimiento científico de la función social, la sociología; ella debe, no menos necesariamente, mantener relaciones fluidas con las disciplinas mal definidas que confundimos bajo el nombre tradicional de Historia (citado en Bianchi, 1995, p. 45).

Por otro lado, Lucien Febvre dejó en claro su postura al respecto de las mentalidades en la historia, en uno de sus trabajos más importantes, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, donde mencionó que:

Cada época se forja mentalmente su universo. No lo elabora únicamente con todos los materiales de que dispone, con todos los hechos (verdaderos o falsos) que heredó o que ha ido adquiriendo. Lo elabora con sus propias dotes, con su ingenio específico, sus cualidades y sus inclinaciones, con todo lo que la distingue de las épocas anteriores (Febvre, 2012, p. 8).

Su objetivo era poder reconstruir nada menos que la mentalidad específica de una época histórica.

Una de las nociones desarrolladas por Febvre cercana al concepto de mentalidad es la de “utillaje mental”, considerada una noción que sirvió de antecedente a la posterior propuesta de historia de las mentalidades. En el desarrollo de esta idea, nuevamente la psicología aparece como una disciplina próxima. Febvre parte de la idea de que los hombres del pasado no actuaban como nosotros, por ello era indispensable realizar un inventario del universo físico, mental y moral de una época: el material mental.

Inventariar en detalles y después recomponer, para la época estudiada, el material mental de que disponen los hombres de esta época: a través de un esfuerzo de erudición, pero también de imaginación, reconstruir el universo, físico, intelectual, moral, en medio del cual se moverán las generaciones que lo precederán; dejan claro, por un lado, la insuficiencia de las nociones de hecho sobre tal o tal punto; por otro lado, el estudio de la naturaleza engendra necesariamente lagunas y deformaciones en las representaciones que cierta colectividad histórica forjaría del mundo, de la vida, de la religión, de la política (citado en *Raminelli*, 1990, p. 109).

Con esta noción, Febvre reafirma su interés por la relación entre lo individual y lo social; de esta forma, en varios trabajos parte del individuo para comprender a la sociedad, de ahí su interés en personajes como Lutero, Erasmo, Rabelais, para descubrir el “utillaje mental” de su época:

A cada civilización, su utillaje mental...Un utillaje mental que esta civilización... no está segura de poder transmitir íntegramente a las civilizaciones, a las épocas que la sucederán...Vale para la civilización que lo ha forjado; vale para la época que lo utiliza; no vale para la eternidad ni para la humanidad, ni siquiera para el limitado transcurrir de una evolución interna de la civilización (Febvre, 2012, p. 105).

De esta forma, la noción de utillaje mental desempeñó una gran influencia entre los historiadores para trabajar temas relacionados con categorías de la percepción, la sensibilidad, el lenguaje. Aunque hay que señalar que este término no fue profundizado por Febvre; por lo tanto, dejó abiertas varias interrogantes y, por lo mismo, también ha sido objeto de cuestionamiento, por ejemplo, el historiador Jacques Revel notó que:

Quedaría entonces por explicar por qué las producciones sensibles y culturales de los hombres de un mismo tiempo pueden ser también tan diferentes entre sí. Febvre parece pensar que es la utilización más o menos exhaustiva de los útiles disponibles lo que explica estas diferenciaciones. La respuesta no es completamente satisfactoria, puesto que, estableciendo la existencia casi objetiva de instrumentos sensibles e intelectuales, lleva a pensarlos fuera de los usos sociales de que son objeto (y a descuidar, en particular, las modalidades de su transmisión y apropiación) (Revel, 2005, p. 689).

Sensibilidades, universo mental, utillaje mental, son nociones que llevaron a Febvre a dedicar un espacio importante en sus investigaciones, dando a la forma de escribir *Historia* un giro radical, y llevando a esta disciplina a considerar los aportes de sociólogos, etnólogos, geógrafos y, por supuesto, de los psicólogos. De esta forma, supo conjugar la complejidad de historiar un personaje y descubrir con él los procesos históricos que nos ayudan a entender el devenir de una época, apoyando su metodología en la sociología y la psicología. Para Francois Dosse, la psicología fue la gran inspiradora para este historiador, porque supo desarrollar una historia donde su interés por las sensibilidades, el amor, la muerte, la alegría, etcétera, se insertaron en un marco más amplio considerando el estudio de una civilización, evitando así el problema del anacronismo y la descontextualización. Dosse resume esta idea con la siguiente sentencia: “Se considera, pues, a la psicología como material del historiador en tanto que debe insertarse en el análisis de civilizaciones de las cuales no es dissociable” (Dosse, 2012, p. 84).

Para cerrar este episodio de las relaciones entre la historia y la psicología, es pertinente recordar una pequeña controversia relacionada con la influencia que tuvo la psicología sobre los trabajos de historiadores afines a las corrientes de Annales y de Mentalidades; por ejemplo, en el caso de Febvre, aunque es indudable que la psicología influyó varias de sus investigaciones, también es cierto que dio poco uso a categorías y conceptos de la psicología, a pesar de las citas recurrentes a sus compañeros Blondel y Wallon (Raminelli, 1990, p. 103). Referencias constantes a la psicología son indudables, pero al parecer los historiadores desarrollaron sus propuestas de acuerdo a la época estudiada, es decir, considerando el tiempo y el espacio que son los ojos con los que un historiador mira a la sociedad.

Henri Berr, Marc Bloch y Lucien Febvre fueron los historiadores más reconocidos que durante la primera mitad del siglo XX buscaron un acercamiento con una psicología social y colectiva. Alentados por el ambiente intelectual de principios de siglo, donde la relación entre diferentes disciplinas coincidió en diversos proyectos y revistas, como la *Revue de Synthèse* o la revista francesa *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, que representaron espacios de publicación para los aportes de diversas disciplinas sociales, no sólo las históricas. En estas revistas se generó un dialogo transdisciplinar y un espacio propicio para que se comentaran los trabajos de diferentes especialistas, como los casos de Charles Blondel y Maurice Halbwachs. Asimismo, estos historiadores tuvieron la posibilidad de realizar un trabajo cercano a otras disciplinas gracias al aliento académico de la Universidad de Estrasburgo, a pesar de ser una generación que sufrió la crisis de entreguerras. De esta forma, la relación más personal de la universidad y el espacio generado en las revistas prolongaron este diálogo.

No hay que olvidar que en estas décadas se generó un lazo cada vez más estrecho entre la historia y otras ciencias sociales, principalmente sociología, geografía, psicología, entre otras. Y convivió por varias décadas con una historia interesada por los acontecimientos militares, la vida de los grandes personajes y las temáticas

políticas enfocadas a explicar el surgimiento del Estado y la Nación, problemáticas que interesaron sobremanera a los historiadores del siglo XIX y XX.

Pero con el acercamiento de la Historia a otras disciplinas se abrió el camino para abordar nuevas temáticas y enfoques. La psicología posibilitó a estos historiadores el desarrollo de temas cercanos a las sensibilidades, la memoria colectiva, las mentalidades, etcétera, aunque con diferentes énfasis. Si bien esta relación fue explorada desde finales del siglo XIX por Henri Berr, en realidad los que la desarrollaron de una forma más acabada fueron sus sucesores Bloch y Febvre. En ellos es evidente el empleo de los aportes de varios psicólogos y sociólogos, como Henri Wallon, Charles Blondel y Maurice Halbwachs, aunque estos dos últimos son los más destacados.

A pesar de compartir un proyecto común para hacer una Historia más combativa y social desde la palestra que representó la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, Bloch y Febvre tuvieron diferencias importantes, que se reflejaron también en su acercamiento al tema de lo colectivo. Es indudable que los trabajos de Blondel y Halbwachs fueron importantes para orientar sus investigaciones; no hay que perder de vista que ambos fueron colegas de estos historiadores en Estrasburgo. La cercanía con estos autores se dio de manera diferente: Febvre siguió más de cerca las ideas de Blondel y, por su parte, Bloch se interesó más por las propuestas de Halbwachs, lo que nos da un indicio de una mirada distinta sobre lo colectivo entre ambos historiadores porque, a decir del historiador André Burguière:

Charles Blondel, que defendía la idea de una parte de individualidad en las conductas psicológicas, en particular a propósito del suicidio, que era uno de sus objetos de debate con Halbwachs, estaba relacionado con Lucien Febvre. Maurice Halbwachs, que veía en la vida mental un reflejo constante del entorno social y que asimilaba los hechos psicológicos con representaciones colectivas, se encontraba más cercano a Marc Bloch (Burguière, 2009, p. 87).

La naturaleza individual o colectiva de los problemas psicológicos es parte de algunas de las discrepancias existentes entre los historiadores; asimismo, existen diferencias al considerar la naturaleza consciente o inconsciente de la vida mental, como lo notó Burguière:

Marc Bloch siempre privilegió el estudio de las formas inconscientes o rutinarias de la vida mental, es decir, las más incorporadas a la organización y a la institucionalización de la vida social; mientras que Lucien Febvre buscaba encontrar el vínculo entre las formas espontáneas (como la sensibilidad, la expresión de las emociones) y las formas más reflexivas de la actividad mental que conforman la unidad de una época y la unidad de una persona (Burguière, 2009, p. 88).

Aunque también hay que resaltar que el proyecto que unificó la noción histórica de Bloch y Febvre fue alcanzar la certeza de entender al hombre en sociedad; lo social siempre permaneció en la interpretación histórica, hasta nuestros días.

Pero durante la segunda mitad de este siglo asistimos a un aumento de historiadores que vieron en la psicología una disciplina que proporciona las herramientas necesarias para hacer una historia diferente, acorde a los tiempos convulsos y revolucionarios que se vivieron en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. En estos años, historiadores cercanos a la *Escuela de los Annales* buscaron proponer una nueva historia, que fue nombrada años más tarde como *historia de las mentalidades*, cuyos vínculos con la psicología colectiva son evidentes, pero es parte de otro recorrido historiográfico que no está contemplado para estas líneas.

## REFERENCIAS

- Bianchi D. (1995). *Lucien Febvre y la Historia de las mentalidades del "Lutero" al "Rabelais"*. Cuadernos de Historia de las Ideas, pp. 3, 33-44 [s. p. i.].
- Berr H. (1962). *La síntesis en Historia*. México: UTEHA.
- Bloch M. (1999). *Historia e historiadores*. España: Akal.

- Bloch M. (2002a). *La sociedad Feudal*. España: Akal.
- Bloch, M. (2002b). *La tierra y el campesino*. España: Critica.
- Bloch, M. (2006). *Los reyes taumaturgos*. México: FCE.
- Burke, P. (1993) *Hablar y callar. Funciones Sociales del Lenguaje a Través de la Historia*. Barcelona: Gedisa.
- Burguière, A. (2005). *Diccionario de Ciencias Históricas*. España: Akal.
- Burguère, A. (2009). *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*. España: PUV.
- Costa M. (2003). *História e psicologia em Henri Berr*. Memorándum, 5, 36-41. [s. p. i.].
- De Certeau M. (1993). *La Operación Historiográfica. En la escritura de la Historia*. México: UIA.
- Dosse F. (2012). *La Historia en Migajas*. México: UIA.
- Febvre L. (1985). *Eras, la contrarreforma y el espíritu moderno*. España: ORBIS.
- Febvre L. (1989). *Combates Pela História*. Brasil: Editorial Presenca.
- Febvre L. (2012). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. Madrid: Akal.
- Febvre L y Martin H. (2005). *La aparición del libro*. México: FCE.
- Fernández, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos.
- Fernández, P. (2004). *La sociedad mental*. Barcelona: Anthropos.
- Ginzburg, C. (1989). *Historia nocturna*. Barcelona: Península.
- Ginzburg, C. (1997). *Prólogo a la Edición Italiana de I Re Taumaturghi de Marc Bloch*. Argumentos, pp. 26, 17-25, [s. p. i.].
- Halbwachs, M. (1968). *La Mèmoire Collective*. París: PUF, (1ª edición, 1950).
- Hernández E. (2004). *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. España: Akal.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós, (1ª edición, 1977).
- Marx, C. (1993). *Manuscritos: Economía y Filosofía*. Barcelona: Altaya, (1ª edición, 1932).
- Mandrou R. (1962). Introducción a la Francia Moderna (1500-1640). *Ensayo de psicología histórica*. México: UTEHA.
- Miranda, Rafael ¿Cómo impulsar a los estudiantes hacia el gusto por adquirir una cultura científica?, recuperado el 15 de marzo de 2015 de <http://www>.



oei.es/divulgacioncientifica/?Como-impulsar-a-los-estudiantes&social=AN  
SM\_20140530\_24979936

- Morales L. (2005). *Historia de la historiografía contemporánea*. México: Instituto Mora.
- Raminelli R. (1990). *Lucien Febvre no caminho das mentalidades*. R. História, pp. 122, 97-115.
- Rico J. (2002). La historiografía como crítica. Apuntes para una teoría de la historiografía. En Ronzón J. y Jerónimo S. (coords.), *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*, pp. 69-80. México: UAM A.
- Sant'Anna L. (2008). *A história do mental de Lucien Febvre: uma complexidade reflexiva*. Tese de Doutorado. Brasil: Universidade Estadual Paulista.